

Proemio

Decía Herodoto que escribía con el fin “de que no se perdiese la memoria de las grandes y maravillosas hazañas”, y yo, aunque llevando diverso rumbo, voy a escribir, sin faltar en lo más mínimo al respeto que me merece la historia, algunos hechos históricos, acaecidos en Sigüenza, mi patria chica, con el objeto de que sirvan de saludable enseñanza y memoria para las generaciones futuras.

Por eso llamo a mi libro “Memorias de Sigüenza”.

No tengo la alta pretensión de hacer una historia encerrada en el inflexible cuadro que recomienda Tácito para esta clase de trabajos. Sin méritos ni títulos bastantes para ello, sembraré de acontecimientos históricos el campo que voy a recorrer (221 a.C. – 1925 d.C.) y, a imitación del genio griego, procuraré dar interés a la narración de los siguientes episodios, a fin de que el espíritu del lector encuentre frescura y descanso en los relatos que someto a su lectura y criterio.

Aun cuando la historia no produjese otro bien más que el de rememorar los hechos pretéritos de la humanidad, indudablemente su importancia sería grande.

Esto mismo lo aplico a mi objeto, en la seguridad que me mueve el mismo sentimiento al escribir este libro.

¿Debo decir más? Lo creo inútil.

Sin embargo, me falta una palabra.

No voy a hacer historia. Voy a presentar una serie de sucesos que vengan a responder al título de mi libro.

No quedará desarrollado por completo mi pensamiento en estos acontecimientos históricos, pero descubriré los episodios del pasado de Sigüenza, sin perjuicio de sondear, en un futuro, en otros relatos más coetáneos a mi época.

*Hoy voy a penetrar en la sombra de tiempos pretéritos seguntinos para buscar la luz; mañana, **Deo volente**, con esa misma luz en la mano, me lanzaré a nuevas aventuras históricas.*

*Queda expuesto cuanto tengo que advertir a los lectores acerca de las **"Memorias de Sigüenza"**.*

No presumo, ciertamente, de haber hecho una obra perfecta. Sé cuán difícil es acertar en todo, y cuán expuesta se halla, siempre, al error la miserable condición del hombre. Pero tengo la convicción profunda de haber trabajado con conciencia, y de no haber perdonado medio alguno para acercarme a la perfección posible y evitar, si no absolutamente todas, por lo menos aquellas faltas de más bulto a las cuales se niega la indulgencia con justicia. Hasta qué punto y con qué éxito haya realizado el fin que me he propuesto, no a mí, al público ilustrado y competente es a quien toca decirlo. Por lo demás los hombres desapasionados e imparciales no han de negarme el corto mérito de haber sido el primero en intentarlo, dejando planteado, en mi patria chica, para que otros más afortunados lo mejore. Plegue a Dios que dé fruto

algún día la semilla que hoy siembro en la tierra. Quiera el cielo que ingenios más perspicaces, superiores a mí en talento y doctrina, continúen trabajando con ventaja en la obra que dejo comenzada, y que la MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE SIGÜENZA, que tan gloriosas tradiciones cuenta en la antigüedad, vea lucir y prosperar de nuevo con el mismo brillo y esplendor que en otros tiempos de feliz memoria.

El autor.